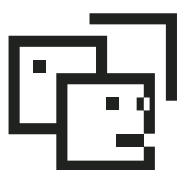


manosmanos manosmanos manosmanos  
manosmanosmanosmanos manosmanos manosmanos

# p.á gi 46 nas

AÑO 2007

**BOLETÍN DEL ÁREA DE EDUCACIÓN**



Universidad Popular de Palencia



## SUMARIO

**Manos  
Concha Lobejón**

---

**Curso Encuentros en la Literatura**

---

**Primer Premio**

---

**Accésit**

---

**Premio Universidades Populares**

---

**Relatos Finalistas**

---

Con nuestras manos amasamos, removemos,  
acariciamos, amamos,  
llenamos el mundo de palabras, trazamos sueños.

Nuestras manos sirven para construir y reconstruir.

Las manos son nuestra identidad.

Concha Lobejón



Ayuntamiento de Palencia

Concejalía de Igualdad de Oportunidades,  
Familia y Mujer

UPP

Sirva este trabajo como muestra de la trayectoria realizada por el Curso Encuentros en la Literatura durante el período lectivo 2005 2006. Un año interesante y divertido que ha contado con el entusiasmo y el compromiso de:

Pilar Baños  
Justi Paredes  
Elena Verdeja  
Begoña González  
Isabel Angulo  
Araceli Cañas  
Pilar Rodríguez  
Lola Esguevillas  
María Hoyos  
Charo Balbás  
Teresa Lobera  
M<sup>a</sup> Antonia Poncio  
M<sup>a</sup> Jesús del Amo  
Rosa López  
Beni Melero  
Nati Garrido  
Margarita López  
Belén San Millán

## Primer Premio

### El geranio

Siempre fue discreto. Falleció sin molestar. Comenzó a sonreír, y sin más, pasó a mejor vida. Tras la incineración entregaron la urna con sus cenizas a su viuda. Ésta sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Durante varias noches tuvo colocado el jarrón sobre la cómoda, junto a la foto de bodas. La desazón fue apoderándose de ella. Especialmente al despertar cada mañana. Una noche en sueños, le pareció oír el sonido largo y ronco, que durante años avivara sus duermevelas.

Buscado una solución, recordó que muchos famosos esparcían sus cenizas en el lugar de su preferencia. Decidió imitarles. Como a su marido le gustaba ir a pescar, pensó que el río sería el sitio idóneo. Tras bordear la ribera, se detuvo en un recodo. Tenía el recipiente preparado, cuando el salto de una rana paralizó su decisión. Regresó a casa. En un tiesto vertió las cenizas. Plantó un esqueje. Y lo recubrió con tierra. Al cabo de las semanas brotaron geranios de color rojo. Los regaba a diario. Algunas veces se sorprendió hablándoles.

El problema surgió cuando se apuntó a una excursión de viudas al Levante. Hubo de pedir a su vecina que se hiciese cargo del tiesto en su ausencia. Pasó el viaje pensando en su ingenuidad. Durante años, sospechó de las simpatías de ésta y su marido. A su regreso recogió el tiesto con cierta aprehensión.

En primavera renació la desconfianza. En el balcón vecino destacaba un macetero pleno de geranios rojos. Mientras el suyo apenas si daba unas lánguidas flores. Al acostarse, suspicaz, observó su foto de bodas sobre la cómoda. Su marido no la miraba. Hubiera jurado que éste guiñaba un ojo en dirección a la pared medianera. ¡Justo hacia el piso de su vecina!

**Guillermo González Alonso**

## Accésit

### **La señorita del ayer.**

La señorita Elvira Suberbiola subía con aire cansino los peldaños del portal de su casa. Las escaleras eran tan altas que todo el que entraba se preguntaba si la existencia de un ascensor podría mitigar el esfuerzo que debía suponer subir a cualquiera de los pisos. La señorita Elvira Suberbiola descendía de una familia de rancio y caduco abolengo y estaba soltera porque ninguno de sus pretendientes estuvo al nivel requerido por Doña Pura, su madre. Ahora, la dolorosa soledad a la que fue condenada es más intensa después del encuentro fugaz con la mirada de D. Pedro Belmonte, su más acérrimo pretendiente. Pedro Belmonte casó con una señora viuda que ya tenía experiencia en las lides del amor y dos hijos con la cara llena de granos, después de ser rechazado como esposo de la señorita Elvira. En su mirada Elvira Suberbiola pudo ver con claridad el deseo que seguía inundando el alma de aquel hombre que nunca llegó a tocarla.

Después de aquel encuentro casual siguieron otros muchos, hasta que la palabra se hizo camino entre dos viejos amigos que llevaban tiempo sin hablar. Y después llegó la hora de los remordimientos de quien engaña a la esposa y quien traiciona la memoria de la madre. Elvira Suberbiola se había convertido en la otra y en las oscuras noches de soledad su madre le recriminaba sus acciones.

La fría mañana de un día 13 de noviembre, Elvira Suberbiola decidió terminar con las calladas acusaciones de una mujer que nunca fue madre sino tirana.

El cadáver fue hallado días más tarde gracias a la preocupación tenaz de D. Pedro Belmonte y Dña. Ninfodora Velasco, vecina de la víctima. El único homenaje que tuvo la desdichada fueron las lágrimas huidizas de un hombre que se obligó a continuar con una vida insípida, que callaba la amargura de una segunda pero evitable pérdida.

**Yovana Crespo García**

# Premio Universidades Populares

## El sabor de los colores

El ejercicio consistía en mirar las láminas, describir colores inexistentes, saborear pigmentos con la vista golosa y ansiosa. Pedro cogió la primera hoja y buceó en las formas y manchas: rojo veneciano, geranio, maceta y carmín se mezclaban en una vorágine de círculos y curvas. Los colores venían definidos en el reverso de la hoja. En la siguiente lámina se combinaban tonos grises. Le pareció curioso la cantidad de nombres inventados por cada uno, para cada pigmento: Grisalla, Pátina, Humo, Grafito. La número 3 mostraba los verdes: Lima, Antiguo, Bronce, Veronés, Oliva y Pardo. En los azules nombres increíbles: el más divertido el azul de Estocolmo, el más triste el azul monacal, que según rezaba la definición era un azul muy frío con tendencia al verde. Montones de nombres asociados a colores y palabras, a imágenes en definitiva.

Pero Pedro no podía verlos. Le daba igual que el rojo fuera pozzuoli o escarlata, que el blanco fuera titán o porcelana. No podía visualizarlos y no había manera alguna de remediar su defecto: padecía acromatopsia total a pesar de la integridad de las células pigmentadas de sus retinas. Su visión era gris, por eso le encantaron los grises de la lámina 2. A veces se lamentaba de no tener, al menos, una acromatopsia parcial, poder visualizar los colores primarios, vislumbrar algo rojo o verde. La prueba de láminas de Ishihara se llevó toda esperanza.

La idea de Marta le encantó. Podía probar el sabor de los colores: el ácido de la naranja, el rojo dulzor de la fresa, el picante y especiado amarillo del curri, el verde de la manzana, el negro amargo del chocolate puro y el blanco goloso del arroz con leche. Después de todo podría ver a base de saborear los colores.

**Inmaculada Belda Pérez**  
**Universidad Popular de Albacete**

## Relatos Seleccionados

### Paradojas

Aunque no puede decirse que era una “mala persona”, porque nunca fue declarado insolvente, ni defraudador de impuestos ni multado por conducción temeraria ni desórdenes públicos, el caso es que bebía como un cosaco, fumaba como una coracha, en ocasiones juraba como un carretero y sobre todo tenía la libido en proporciones desorbitadas, lo que le hizo enamorado de oficio y gozador de beneficio. Amador experto y llamador incansable a las puertas de cualquier aventura, se corrió más juergas que un marinero licenciado y amenazó en conquistas el “Guinness” del mismísimo don Juan Tenorio. No obstante, una paradoja especial marcaba su personalidad inconfundible y sorprendentemente: ¡¡escribía unos poemas deliciosos!!.

No eran estrofas empalagosas ni superficiales; eran renglones lúcidos, hermosamente sinceros y espontáneamente hermosos; rimas de nata, de seda, sensibles, sensuales, con la ternura volcada en cada metáfora, con la emoción transmitida en cada vocablo. Poemas escritos, sin duda, cuando la reflexión abría un paréntesis en su corazón despendolado o le sorprendía serenamente un crepúsculo con el poso aún reciente de las últimas sábanas compartidas. En estos casos las palabras se convertían en sutiles orgasmos de azahar.

Pero un día sólo él sabe por qué causas o bajo qué extrañas circunstancias decidió poner fin a tanta vida licenciosa, término a sus desórdenes y freno a sus desenfrenos. Sintió una repentina contrición de conciencia o acaso la edad y la merma física le produjeron una atrición de conveniencia. Lo cierto es que recurrió a terapias colectivas y meditaciones personales que le convirtieron casi en un anacoreta, meditador ermitaño de sus interioridades.

Todo iba bien desde entonces con el giro que había dado a sus costumbres. Hasta que apareció la segunda paradoja de su vida y pudo comprobar que aquella paz conseguida, su propio ensimismamiento y el rígido celibato autoimpuesto le habían esterilizado la inspiración... ¡¡y ya no fue capaz de concebir ni un solo verso!!.

**Luis Antonio Gutiérrez Pérez**

## La operación

Aquella mujer no era, ni de lejos, la compañera de habitación que me hubiera gustado tener. Estaba muy preocupada con su operación y no dejaba de repetir el miedo que le daba no despertarse de la anestesia y morir sin tiempo para confesar. No se preocupé, la tranquilicé yo, el cura pasa cada tarde.

Nada más llegar, había colocado en su mesilla ocho fotografías. Son mis hijos, me aclaró, me da fuerzas verlos, sé que por ellos he de salir adelante. Recuerdo que pensé que por grave que fuera el supuesto tumor que crecía en mi útero, más grave sería lo de esa pobre mujer que, a la enfermedad, debía unir la preocupación de dejar desamparados a sus ocho hijos.

-A los dos nos gustan los niños-me explicó-, nos casamos con la idea de tener los hijos que Dios nos quisiera mandar. Y ahora esto, lo que son las cosas, pero no tengo otro remedio, debo operarme. ¿Seguro que el cura pasa cada tarde?

-Sí, no se preocupe, llevo una semana ingresada y, antes o después, aparece.

Pareció calmarse y abrí el libro que estaba leyendo. Fue un espejismo. Pasé la tarde escuchando sus miedos y casi conseguí olvidar mi propia angustia. Por fin el cura llamó a la puerta, se asomó, me miró y yo negué con la cabeza como las tardes anteriores. La mujer me dirigió un gesto incrédulo y se volvió hacia el sacerdote, que actuaba como si no la viera, y que se despidió de mí, ignorándola por completo.

-Padre- le llame confundida-, yo no quiero pero ella sí.

- Es tontería confesar a quién mañana va a estar en pecado mortal me dijo.

La mujer dio un grito desgarrador y comenzó a llorar. Derramó muchas lágrimas antes de que yo entendiera, al fin, que al día siguiente se iba a someter a una ligadura de trompas.

**Ana Ayuso Salazar**

## **Siempre cuesta un poquito**

Camino a miles de kilómetros de tu cuerpo, por una calle solitaria que no conozco a pesar de haberla recorrido tantas veces, y en la que las huellas de mis pasos se borran, desleídas por la misma lluvia que nos acompañó aquel primer día. Es de noche, muy tarde, y te imagino durmiendo arrebujada entre los pliegues de una cama que un día también fue mi refugio.

¡Qué vueltas da la vida! Yo, que tanto te quise, deambulo ahora, noctívago de tus sueños que ya no me pertenecen. Asqueado de mí mismo, derrotado, me pregunto por qué ocurrió todo, cómo pude ser tan estúpido y cómo es posible que vuelva ahora de hacer del sexo un mero trámite cuando lo que buscaba era un abrazo que me hiciera temblar, una caricia que me recordara tus abrazos. Pero el amor no se compra, hoy lo he aprendido: se siente o no se siente, y si se pierde no vuelve.

Si tuviera el coraje suficiente como para llegar a casa y escribir todo esto; si tuviera el talento necesario para hacerlo de un modo armonioso; si pudiera poner nombre a todo lo que siento; si hubiera previsto mucho antes que era muy fácil que todo esto ocurriera... entonces, muy probablemente, no te hubiera perdido. Pero no supe cuidar de ti y todo nuestro diminuto mundo de grandes complicidades se fue derribando como un castillo de naipes, a pesar de que yo nací para quererte y viví para vivirte, hasta que sentí que eras mi sangre y creí morir exangüe al borde de tus labios.

Ahora, sigo sin acostumbrarme a estas noches febriles, a esta mezcla de ebriedad y sinsentido, a cerrar los bares con una copa rota en la mano. Sigo sin creérmelo del todo; despierto sobresaltado en medio de la pesadilla y en seguida compruebo que la pesadilla es despertar. Y es que el viejo poeta tenía razón: "siempre cuesta un poquito empezar a sentirse desgraciado".

**Javier Calleja Torres**



## Reina de la miel

Casilda, la ciudad que fundara un palentino, Carlos Casado del Alisal, podía presumir de la belleza de sus mujeres. En la plaza, los hombres comentaban las posibilidades de las candidatas a "Reina Provincial de la Miel" para este año. Todos pretendían adivinar el nombre de la afortunada.

Una tarde, Gabriela Liberato, 15 años cumplidos, salió del Instituto y atravesó la plaza sin mirar a nadie. Los hombres sintieron una punzada allí donde los instintos se despiertan fuertes y viriles. Se miraron unos a otros cuando, al doblar la esquina, dejó de pertenecerles. Sonrieron, ¡ya estaba decidido!, ella sería la elegida.

Gabriela como tantas tardes, se dirigió al colmenar. Permaneció embebida con el trabajo de las abejas que volaban hasta las flores y entraban en las colmenas con su dulce néctar, dejando fuera los granos de polen. El repique de las campanas hizo que volviese a la realidad del pueblo y sus gentes. Pronto iba a conocerse el nombre de la muchacha que representaría a Casilda como reina de la Miel. Pensó que cualquiera de sus amigas, Águeda o Candelitas reunían méritos suficientes.

No supo que un enjambre de abejas había salido de una colmena y, poco a poco, se posaban sobre sus cabellos hasta formar una corona que brillaba como el sol. Su entrada en el pueblo dejó atónitos a sus habitantes... ¿Cómo adivinaron las abejas que esa misma tarde, hacía apenas unos minutos, en la sala de sesiones del Ayuntamiento, por unanimidad, había sido proclamada precisamente ella, Gabriela Liberato, Reina Provincial de la Miel?

El prodigio fue comentado en Casilda por muchos años y todavía hoy, las abuelas se lo cuentan a sus nietos en las tardes de veranos, en las que el sopor de la siesta adormece a los padres y, ellas, entretienen a los niños para que no hagan ruido.

**Carmen Arroyo Rodríguez**

Cuando tenía 16 años decidí cambiar mi vida. No quería seguir siendo pobre, quería vestir como mis amigas, y quería ir donde se me antojase sin pensar que no tendría dinero para pagarlo. Y entonces, el único camino que vi para conseguir todo esto pronto y fácil, fue vender mi cuerpo. me prostituí.

¡Sólo con 16 años!. ¡Mi ambición era tan grande!

Mentí a mi madre diciendo que trabajaría cuidando un bebé en las tardes después de las clases. Y se lo creyó. Con esto evitaría dar más explicaciones y justificaría así algún dinero extra.

¡Me iba muy bien!. Era sólo una niña y eso les encantaba a esos viejos verdes. Muchas veces vomitaba después de estar con ellos y me moría de asco, pero mi amor por la pasta era más fuerte que mi amor propio.

Al principio sólo quería bonita ropa y que me admiraran por ir a la moda, pero según pasaba el tiempo quería más: un coche, unos senos más grandes, una cintura más pequeña, joyas, viajar... En fin, no veía nunca la hora de dejarlo porque siempre necesitaba otra cosa.

Pero un día ocurrió algo que yo no esperaba. Mi madre se enteró de lo que estaba haciendo y por poco se muere de una depresión. Me suplicaba que lo dejara. Me decía que ese no era el camino. Incluso llegó a arrodillarse ante mí. Pero yo no quise escucharla.

De pronto, dos o tres días después, se presentó allí donde yo me prostituía para también hacerlo ella, y me dijo: si lo hace tú, lo hago yo, y hasta que no lo dejes, yo no lo dejaré.

Fue tal el impacto de aquella actitud, que no pude dejar de sentirme avergonzada frente a ella, por haberla obligado a hacer aquello para hacerme ver que no era lo correcto, y que no es posible dejar que las personas a las que se ama se hundan sin hacer algo para evitarlo. Pero lo que ella hizo es digno de admiración, porque consiguió que dejase esa absurda vida.

**Nubia Pachón**

## La mujer de rojo

Abrió el armario ropero y buscó el vestido que guardaba para las ocasiones especiales. Se sintió satisfecha al contemplar su cuerpo, esbelto aún, en aquel espejo testigo de tantos despertares y de alguna otra decepción. Esbozó una sonrisa, se puso el vestido y adornó su cuello con un discreto pero elegante collar de perlas a juego con los pendientes, regalo de un amor efímero.

Había adornado la mesa con sumo gusto; dos candelabros, uno a cada extremo, portaban velas de color verde esperanza dispuestas a tomarse en azul ilusión. En el centro, un ramillete de hermosas rosas rojas lucía en un florero de cristal de Bohemia. Todo estaba dispuesto para celebrar una velada que presumía iba a resultar más que agradable. El reloj de pared acercaba la hora del encuentro y ella, nerviosa como una quinceañera, paseaba intranquila por el salón de la casa.

A su mente acudieron recuerdos de la juventud: los bailes en la plaza del pueblo y el adiós del joven soldad, antes de que el autobús partiera llevándose un incipiente amor y los besos robados. Más tarde llegaron las cartas, y con ellas las promesas y el recuerdo evocador de aquellos tiempos de medias de cristal, falda plisada, colorete y barra de carmín rojo... como su vestido. Tampoco faltó el recordatorio de aquel "a las diez, en casa" que su padre le espetaba; ni el "ten cuidado, hija" con que su madre le despedía cariñosamente poco antes de que acudiera a la verbena el día de la fiesta del pueblo. Recuerdos y más recuerdos..., memoria de un tiempo, ayuno de libertad.

Sonó el teléfono del portero automático y se dispuso a responder a la llamada. Unos minutos más tarde, después de alisarse el cabello y de impregnar su cuello con unas gotas de perfume, franqueó la puerta a una nueva ilusión, a un nuevo sueño que quizá nadie comprendería. Al alba cumpliría 60 años que anhelaba vivir intensamente.

**Tomás Martín Martín**

### **Sublimación**

Se amaban.

Ardorosamente.

Voluptuosamente.

Habían jurado amarse sin límites.

Se colocaron a la mesa, cada uno en su papel.

Una vez terminado el festín, ella -diligente- se levantó para recoger la mesa.

Lo que quedaba de su amante reposaba en el congelador, suspirando nuevos encuentros.

**Fernando Oyagüez Valentín**

6 años, 3 meses y 17 días es el tiempo que llevo cumplido de mi condena. Por haber intentado salvar mi vida, porque era mi vida o la vida de él: sólo una oportunidad y fue mía. Porque pensé que tuve suerte, porque pensé que fui mejor, porque fui más rápido.

Porque no fue el dinero lo que me robó solamente, sino que ahora se fue y no está. Me privó de mi familia, me privó de mi trabajo, de mi libertad y de mi vida.

Porque pensé que tuve suerte, pero estaba equivocado. Si al menos estuviera en su lugar, no hubiera visto a mi familia destruirse, a mis hijos sin padre y a mi madre sin hijo.

¿Suerte? ¿Quién corrió con suerte ese día, él o yo?. No lo sé realmente, pero tengo 19 años más por cumplir, 19 años para pensarlo, 19 años para recuperar parte de lo que perdí. Eso... si tengo suerte.

**Luis Ricardo Hernández Lavarreda**



**colaboran**

LIBRERÍA  
 del  
Burgo

 lee  
viaja  
explora  
descubre

**Elordi**  
librería de viajes y aventuras

 ALFAR LIBROS